

PRESENTACIÓN

Si le devolvemos a la palabra “peripecia” el sentido que tiene en la preceptiva clásica, podemos hablar en esta nota de las distintas “peripecias” o cambios de fortuna por los que han atravesado los géneros literarios en Chile.

En el siglo XIX Chile era considerado fundamentalmente un país de historiadores, en el que la poesía brillaba por su ausencia. Primera peripecia: en el siglo XX la poesía brilla por su presencia, hasta el extremo de que entre el posmodernismo y la vanguardia, de este país de unos pocos millones de habitantes, produjo tres estrellas de magnitud mundial: Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y Pablo Neruda; y entre ellas, dos premios Nobel. Por ello, la literatura chilena del siglo XX funda su prestigio en la poesía. La narrativa, en cambio, es percibida como una expresión secundaria, en la que de vez en cuando, casi por excepción, surge algún novelista o cuentista destacado: Eduardo Barrios, Manuel Rojas o María Luisa Bombal, en la primera mitad del siglo XX; José Donoso o Jorge Edwards, hasta la llamada “generación del 50”. Insisto en que estoy hablando aquí de “percepciones”.

Después de las llamadas figuras cumbres de la poesía chilena, este género siguió manteniendo un alto nivel mediante los aportes de Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Enrique Lihn y Jorge Teiller, entre otros. En el caso de Parra su significación se formalizó con la obtención del Premio Juan Rulfo; en el de Gonzalo Rojas, con el otorgamiento del Premio Reina Sofía. Pero a partir de los años sesenta se fue haciendo cada vez más difícil encontrar voces poéticas equivalentes a los recién nombrados. La narrativa de ese período tampoco mejoró demasiado la percepción que se tenía de ella en el pasado y aportó un solo nombre que trasciende el espacio local: el de Antonio Skármeta.

Y aquí se produce una peripecia histórica: el golpe militar de 1973, que remece hasta los cimientos, no sólo a la sociedad chilena, sino también a su literatura. Factores decisivos van a ser la censura, la autocensura y el exilio. Dentro o fuera de Chile, los escritores establecidos y los que estaban en gestación reorientan su proyecto literario, movidos por la situación traumática en la que se encuentran. Como era de esperar, la literatura testimonial es la manifestación preferida de este momento histórico. Al mismo tiempo los escritores chilenos amplían el radio de sus lectores, gracias a los espacios abiertos por la solidaridad internacional. En Chile, es el género dramático el que asume riesgos inmediatos frente a la dictadura. La narrativa del exilio, sin embargo, saca una carta que tenía escondida debajo de la manga y agrega inesperadamente un nuevo nombre: el de Isabel Allende.

Tercera peripecia: la poesía pierde terreno. A la lista de poetas ya consagrados, la generación que empieza a publicar durante el período de la dictadura militar agrega una sola voz que traspasa las fronteras: la de Raúl Zurita. Hay que reconocer, eso sí, que sus compañeros de generación aún no han dicho la última palabra y que la figura de Juan Luis Martínez crece día a día.

Cuarta peripecia. A fines de los ochenta y principios de los noventa empieza a hablarse en Chile de un “boom” de la narrativa joven. Esto es visible en las listas de *best-sellers* que publican los diarios y revistas. Nombres como los de Jaime Collyer, Gonzalo Contreras, Arturo Fontaine o Alberto Fuguet aparecen en ellas con una frecuencia que fue ajena a los jóvenes de generaciones anteriores. Si esto es signo de un auge que ya se anuncia o un fenómeno puramente circunstancial, como suele ocurrir con la mayoría de los *best-sellers*, es algo que está por verse; pero, por lo menos, denota un interés inédito de los lectores chilenos, que en el pasado preferían adquirir libros de narradores extranjeros. También está pendiente su repercusión internacional. Un caso aparte es el de Luis Sepúlveda, cuyo relato *Un viejo que leía novelas de amor* ha tenido una auspiciosa acogida en Europa. Paralelamente, la narrativa de mujeres empieza a gozar de una atención de la que antes había sido marginada. Cabe mencionar aquí los aportes de Mercedes Valdivieso, Elena Castedo y Diamela Eltit.

En cuanto a la dramaturgia chilena, creo que sigue el mismo destino del teatro hispanoamericano: aún lucha por lograr el reconocimiento del que gozan otras formas de expresión. En este género destacan autores como Egon Wolff, Jorge Díaz y Marco Antonio de la Parra, a los que últimamente se ha sumado Ariel Dorfman con *La muerte y la doncella*, obra que ha sido representada en Broadway y en diversos escenarios europeos.

El propósito inicial de este volumen era documentar las peripecias señaladas, sus protagonistas mayores y menores, y las obras canónicas y no canónicas de distintos momentos coyunturales. Pero el editor propone y el azar dispone. Unos pocos artículos solicitados u ofrecidos no llegaron a tiempo. Resultado: hasta cierto punto, no están aquí todos los que son. Por eso el título de este volumen posee una vaguedad buscada: “Literatura chilena del siglo XX”, indicando con ello solamente los límites cronológicos y geográficos de este número, pero no necesariamente la propuesta o la consagración de un canon.

Termino agradeciendo al comité *ad hoc* que me asesoró en este trabajo, y muy en particular al editor asistente, Adrián Massei, de la Universidad de Iowa, sin cuya dedicación, rigor y entusiasmo mi labor habría sido mucho más difícil. Dejo también aquí un recuerdo para Alfredo Roggiano, que apenas unos meses antes de su muerte me confió la dirección de este volumen.

ÓSCAR HAHN
University of Iowa